

*Reflexiones segundas sobre el concepto de cultura\**

El concepto de cultura ha adquirido en nuestros días un uso muy diversificado, que se aparta muchas veces de los significados por los cuales esta palabra se suele vincular con las acendradas esperanzas de la humanidad.

En un sentido original la palabra significaba: cultivo, cultivación y se orientaba simultáneamente a un ámbito de objetos atendidos con sensibilidad, con pericia y con disciplina, como también se orientaba hacia la propia persona que ejerce una actividad competente, que sabe matizar su intervención según las necesidades variadas del objeto. Se posibilita de esta manera que se forme una persona sensibilizada de manera múltiple y que ha aprendido a apreciar los distintos aspectos y requerimientos de la realidad. En este sentido hablamos de una agricultura y de una cultura artesanal, entendiendo con ello que estamos ante un campo bien atendido, y al mismo tiempo ante una persona que se ha disciplinado por los requerimientos de su oficio.

Sin embargo, no se suele llamar cultura la pericia solitaria de una persona en algún campo, trátase del agro, del taller, o de las bellas artes. Más bien hablamos de *cultura* cuando esta pericia entra en roce con la de otros, produciéndose un trabajo de aprendizaje interpersonal, de asunción y reelaboración de tradiciones, y un trabajo de cotejo en el cual las distintas prácticas, cada una fruto de una experiencia, comienzan a revisarse críticamente a la luz de la experiencia del otro. Por esta razón, lo que entendemos por *cultura* suele implicar también una capacidad de hablar de la experiencia adquirida en el cultivo del arte en el cual uno es entendido, y de poder comunicar y examinar de este modo, en el medio del lenguaje, las experiencias múltiples.

De acuerdo con la primera característica, el que cultiva un arte, oficio o una ciencia, es de suyo alguien que trabaja en el campo de la cultura. Efectivamente, aprendió a atender un objeto, a disciplinarse, y tiene la oportunidad de realizar un aprendizaje permanente. Pero de acuerdo con la segunda característica, la que exige capacidad de intercambiar experiencias y de evaluarlas de una manera diferenciada y crítica, podríamos hablar muy bien de un artista que, aunque tenga rasgos de genialidad, es sin embargo inculto, es decir, encerrado en su propio sentir y entender.

\* *Apuntes Filosóficos* Vol. 1 Nro. 2/1992:105-110

Cultura artística, científica, religiosa, cultura industrial o administrativa y jurídica significan de este modo algo más que el ejercicio competente de una profesión: implica la capacidad de comprender y de apreciar el punto de vista ajeno, y saber expresar lo propio en un lenguaje que lo ubica en el marco de una experiencia humana común.

Pero aquí se abre la cuestión: ¿Cuán común?, ¿Cuál es el marco humano de referencia en las actividades culturales, o en las actividades humanas en general, cuando les es propio ese grado de cultivación, que nos permite hablar de cultura?

Esta pregunta acerca del marco humano de referencia, no puede recibir una respuesta simple, ya que se trata necesariamente de marcos de referencia múltiples. En su actividad cultural el ser humano es a la vez heredero de valores que germinan en el seno de la familia, valores que son difíciles de nombrar y de expresar directamente, ya que se alojan las más veces en el sufrido y callado bregar cotidiano, pero que son tanto más fecundas y nutrientes en sus manifestaciones indirectas; de valores ligados a la circunstancia local y al trato entre vecinos, a la vivencia de un paisaje común y al compartir los pequeños goces que son parte de la vida y del trato corrientes; igualmente de los valores ligados a un grupo social consciente de ser el portador de una vocación y de un mensaje propio, a una profesión que tiene, en forma más o menos pronunciada, una tradición de sentido de honor y de servicio, o a una ideología y corriente política que puede igualmente evocar los sueños generosos de la juventud, la fuerza de una idea, el espíritu de sacrificio y el compañerismo de una militancia.

En este sentido, la comunidad de referencia es una comunidad limitada, un "nosotros" que tácitamente se destaca frente a los otros. Es muy difícil concebir una cultura sin adhesiones y solidaridades grupales, y por consiguiente, sin diferencias sociales.

Pero al mismo tiempo es propio de la actividad cultural trascender constantemente estas divisiones. El poeta T. S. Eliot, defensor de tendencia marcadamente conservadora de la estratificación social y de las diferencias sociales, no deja sin embargo de señalar que es propio de la formación cultural el que el lugareño sienta que comparte algo importante con otro lugareño, aunque no sea de su estado social, ni de su profesión o ideología, y parecidamente, que sienta lo que tiene en común con otro de la misma profesión, aunque sea de otro lugar, de otra procedencia social y otra ideología, y así también en lo que atañe a las otras divisiones sociales. Esto quiere decir que nuestras pertenencias grupales, que

son, por cierto, culturalmente importantes, quedan trascendidas ya por el hecho de que no pertenecemos a un único grupo social, sino a múltiples, de acuerdo con la múltiple división de la sociedad desde puntos de vista diversos, pero inevitables y significativos. De este modo toda solidaridad con uno de los grupos a los cuales pertenecemos implica también la capacidad de trascender las otras limitaciones grupales.

De ahí se deriva que la comunidad humana de referencia en la actividad cultural no conozca fronteras, por más que, obviamente, no puede estructurarse sino en contactos humanos de próximo en próximo, y apoyándose en las cercanías que la vida misma va formando, desde la vecindad, la escuela, la profesión, hasta las cercanías dada por afinidades de gustos, ideas y aspiraciones.

Decíamos que la cultura reúne dos aspectos de la actividad humana: es por una parte la pericia, el hacer cuidadoso; por otra parte la capacidad -a la vez comprensiva y crítica- de comunicación. En el aprendizaje que lleva a la pericia entra sin duda también una enseñanza verbal, pero en última instancia se trata de un saber que no puede ser adecuadamente traducido en palabras. Tanto en lo técnico como en lo estético y en lo moral se trata de un saber tácito que se adquiere en la experiencia vivida y en el trato personal en contactos directos.

En su vertiente comunicativa en cambio, que es la que permite la reflexión, es fundamental el elemento de la palabra. Esta no proviene de nuestra inmediatez, sino que se transmite a través de los siglos y nos pone en conexión con el mundo entero. La pericia se forma en el recinto de la casa y del taller, mientras que el vehículo que nos trae el mensaje venido de lejos y nos pone en contacto con el hermano de alma lejano, es el libro. El taller y la biblioteca son pues, junto con la escuela, los asideros de la cultura, y el amor al libro es lo que indica que el alma se ha abierto al mensaje de sus congéneres, y ha entrado a la vez en su recinto propio para conversar consigo misma y dilucidar ahí sus propias desavenencias.

Las maneras de debatir nuestras desavenencias constituyen la última característica de la cultura que quería plantear. El conflicto es propio de nuestra vida social. Nuestros intereses individuales y de grupo no coinciden, nuestras maneras de pensar y sentir no se homologan. Una sociedad sin clases es un sueño noble y, sin duda, la reducción de abismos, el acercamiento entre los estratos sociales, la posibilidad de una vida decorosa

para todos, es un imperativo cívico. Pero una sociedad indiferenciada, en la que se volvieran totalmente insignificantes las afinidades y las lealtades para con los cercanos, no es un sueño bello.

No existe una sola manera correcta de pensar, ni pueden considerarse las aspiraciones de un estrato social como las únicas legítimas, de modo que los demás tuviesen el deber moral de rendirse a aquellas. Sabemos muy bien que los interesados mismos tienen que hacerse cargo de las aspiraciones que consideran legítimas, y nada puede sustituir su vigilancia y su lucha.

Pero la admisión de la necesidad de que cada parte defienda su punto de vista a partir de su situación vital y social, teniendo que contar con la urgencia de las intenciones y su plazos perentorios, el reconocimiento de esta necesidad no excluye que se produzcan simultáneamente encuentros humanos de un tipo diferente: un encuentro en el cual ya no se trata de forzar una decisión favorable a una de las partes, sino de expresar un reconocimiento de la cualidad humana del adversario, y de buscar, a través de las oposiciones, pausadamente y sin dejarse aturdir por urgencias y por plazos, un lenguaje común.

Un sector importante del pensamiento contemporáneo, del cual cabe mencionar en particular a J. Habermas y a J. Rawls, ha actualizado en los últimos decenios lo que puede considerarse como el proyecto filosófico por excelencia: el de la elaboración común de normas de convivencia que puedan ser libremente aceptadas por todas las partes involucradas, al reconocer estas su interés común en una asociación estable y confiable, que no puede por lo tanto basarse en la violencia o en el engaño.

Esta concepción social debía parecer ingenua (para decirlo con suavidad) a aquellos que la entendían como una propuesta según la cual todos los conflictos, y en general, todas las decisiones sociales deberían discutirse hasta llegar a un acuerdo aceptado por todas las partes. Pero esto es un malentendido radical. No solamente es imposible seguir discutiendo indefinidamente asuntos que esperan una solución práctica, sino que sabemos que el consenso o el acuerdo completo basado en el sopesamiento de las razones aducidas por cada uno es solo la idea directriz de una discusión y que no se puede esperar el logro de un entendimiento completo y definitivo en ningún momento dado. Todo lo que se discute puede ser todavía reconsiderado, y por otra parte, poner a los participantes de la discusión

bajo la presión de tener que declararse de acuerdo con una proposición dada, so pena de ver paralizada toda acción colectiva, es precisamente la negación de una discusión libre, en la cual se espera que aflore la mayor variedad de considerandos.

No, esta discusión que no tiene comienzo y no tiene fin, que Habermas llama el discurso, no puede confundirse con un procedimiento de tomas de decisiones, ni en el ámbito político ni en el de cualquier institución. No es este su cometido. La discusión o conversación, el diálogo humano permanente, es más bien una actividad paralela a la toma de decisiones, destinada más bien a propiciar el terreno común que permite una negociación razonable y un enfrentamiento menos ciego y violento. Este terreno común, en el cual los ciudadanos aprenden tanto a apreciar los sentimientos de los otros como a calibrar sus argumentos, lo que constituye la cultura de una nación, la cultura cívica que es inseparable del cultivo de la expresión del sentir propio de las individualidades y de los grupos que la componen, así como es también inseparable del aprendizaje de la comprensión del argumento que se nos opone

La idea del diálogo guiado por la búsqueda de una interpretación aceptable de la propuesta del otro, no es una utopía. Es la articulación conceptual de lo que se vislumbra como base cultural de la convivencia de los hombres y de las mujeres que forman esta realidad compleja que es una nación moderna.